

TRAS LAS HUELLAS DE JONÁS CASTRO

POR VILLAVIEJA DEL CERRO (VALLADOLID)

Alicia Gómez Pérez | Licenciada en Filosofía y Letras y diplomada en Magisterio
a.gomez@sercam.es

Jesús Álvaro Arranz Mínguez | Licenciado en Filosofía y Letras | j.alvaro@sercam.es

En 1960 Jonás Castro Toledo, por entonces joven párroco de Villavieja del Cerro (Valladolid, España), realizaba un estudio histórico y un reportaje fotográfico de la mencionada localidad. Este sacerdote, con el tiempo, se convertiría en canónigo archivero del arzobispado de Valladolid, dejando tras de sí una serie de estudios y recopilaciones diplomáticas que van viendo la luz en estos últimos años gracias a la labor de la Fundación que lleva su nombre.

Cincuenta y siete años después de que llevara a cabo aquel estudio histórico y gráfico, hemos realizado el mismo recorrido –*guía para turistas* como él lo definió– constatando las permanencias y modificaciones que medio siglo después han sucedido en este pequeño núcleo rural de la Castilla profunda.

Palabras clave: Villavieja del Cerro; rural; Historia; humanismo; fotografía.

Jonás Castro Toledo, quien fuera canónigo archivero de la diócesis de Valladolid de 1982 a 2010, año de su fallecimiento, dejó entre sus pertenencias un importante legado o conjunto documental vario relativo a sus estudios, trabajos y aficiones. Entre estas últimas se encuentra la fotografía. No podemos decir que D. Jonás fuera un fotógrafo en la acepción del término como lo entendemos a día de hoy, ya que no perseguía el encuadre artístico o la belleza singular de los objetos o los monumentos, ni tampoco podría calificarse de 'retratista', esa popular y antigua palabra castellana que definía a aquellos cuya profesión era la de realizar instantáneas de las personas. Jonás practicaba una fotografía que, ahora, podría encuadrarse bajo el enunciado de «etnográfica» dado que lo que parecía desear era la paralización del tiempo, el reflejo en papel de lo que estaba ocurriendo en ese preciso instante para su posterior estudio o valoración histórica y/o antropológica. La fotografía entendida como documento histórico, referencia de los cambios tan tremendos que en aquellos años, décadas de 1960 y 1970 principalmente, estaba sufriendo la sociedad rural tradicional española que emigraba masivamente a la ciudad en busca de mejores condiciones, dejando atrás y para siempre una forma de ver y entender la vida que se había perpetuado prácticamente inalterada desde siglos: «He sentido la necesidad de remediar en lo posible la vida lánguida, triste y difícil de mis gentes. Sacudir la modorra de siglos que arrastran» (Castro 1960: 5). Pero dejemos atrás los sentimentalismos, la emigración pretendía la huida, escapar de una vez por todas, de la miseria, aunque esto conllevara en muchos casos el desarraigo más absoluto.

El canónigo –por aquellos años párroco aldeano en su primer destino- vislumbró lo que estaba sucediendo y pretendió, desde la humilde cámara fotográfica de un aficionado, reflejar, dejar constancia de aquellos cambios que transformarían para siempre los pueblos de la España del desarrollismo: «No quise que se olvidaran los ojos de lo que estaban viendo y me dediqué al reportaje gráfico de aquellas sorprendentes novedades» (Gómez 2010: 11).

Y todo este circunloquio para hacer entender al lector porqué entre los documentos que llegaron a nuestras manos se encontraba un reportaje fotográfico con epígrafe «Álbum para el lugar de Villavieja» y un manuscrito mecanografiado titulado *El lugar de Villavieja* (Castro 1960) y que entendimos el primero como un recuerdo del paso del autor por aquella pequeña localidad próxima a Tordesillas (Valladolid) y el segundo, como un estudio histórico misceláneo que, según las propias palabras del escritor: «estas folias imperfectas que no merecen alabanzas mientras el estudio de las disciplinas históricas no las corrija totalmente» (Castro 1960: 3). Con el paso de los años y ahondando en los escritos de Jonás Castro, hemos podido comprobar que todo aquello que él mismo nombraba como «folias imperfectas» en realidad eran documentos de primera magnitud, tanto si se trataban de breves apuntes de carácter investigador como de prólogos, poesías, pregones o «simples» hojas parroquiales. La visión que de todo dejó D. Jonás aún nos sorprende. El sacerdote fue, en muchos aspectos, un visionario y adelantado a su tiempo.

De los documentos mencionados anteriormente referidos a Villavieja del Cerro, no habíamos establecido mayor relación que la del recordatorio fotográfico y la del estudio histórico, sin embargo, a través de una feliz coincidencia, hemos podido comprobar que el documento gráfico no solo suponía la remem-branza de sus andanzas aldeanas sino que ilustraba uno de los capítulos del trabajo de investigación sobre la localidad, que titulaba *Una guía para turistas*. «Ya es hora de que estos pueblos, perdidos entre cuevas, sean algo más que una referencia. Hay que dejar aparcado el coche de lo fácil y atractivo al borde de las grandes carreteras y tomar la vereda de polvo, llámese camino de herradura o carretera vecinal. Conviene de cuando en cuando dejarse caer por las posadas castellanas, para saber de la nobleza de sus hombres palpablemente, sin papeles del turismo, ni literaturas de oficina» (Castro 1960: 6).

La pura curiosidad nos ha llevado a recorrer los mismos parajes que el párroco describiera cincuenta y siete años antes. El resultado de esta nueva excursión turística se encuentra ante sus ojos, pero antes debemos ponernos en antecedentes sobre el autor primigenio.

Jonás Castro Toledo, breve biografía

Nació en Gatón de Campos (Valladolid) el 3 de octubre de 1933, siendo el sexto de nueve hermanos en una familia de agricultores.

En 1945 entró en el Seminario Mayor de Palencia y cursó un año antes de pasar al Seminario Menor de Lebanza (Palencia) donde discurrirían los tres cursos siguientes. Finalizado este ciclo volvería al Mayor para estudiar Filosofía y Teología otros tres años más. En 1956 se matriculó en la Universidad Pontificia de Salamanca para finalizar los estudios.

Fue ordenado sacerdote en 1957, siendo nombrado cura ecónomo de Villavieja el 4 de octubre del 58, tomando solemne posesión el 17 de mayo de 1959. En esos años escribió *El lugar de Villavieja*, que presentó a finales de 1960 al entonces arzobispo de Valladolid D. José García Goldáraz, quien siempre tuvo en cuenta su afición por la Historia y, quizá por ello, facilitó al año siguiente su nombramiento como párroco de Santovenia de Pisuegra (Valladolid), localidad cercana a la capital, a fin de que pudiera compatibilizar más fácilmente su tarea pastoral y el estudio en la universidad.

En el verano de 1970 se matriculó en un curso de alemán para extranjeros de la Universidad de Viena como becario del Ministerio de Asuntos Exteriores.

En octubre de 1971 leyó su tesina titulada *Alkamín, un lugar de la tierra de Tordesillas*, incorporándose a la universidad vallisoletana como profesor del Departamento de Paleografía y Diplomática (Berzal 2004: 8-9).

En 1981 fue designado director diocesano de Archivos Parroquiales y en 1982 pasó a ser canónigo del Cabildo con la carga de archivero. En 2002 le llegó el nombramiento de archivero responsable del Archivo Catedralicio, Biblioteca y Archivo Histórico de Curia, falleciendo en el cargo en 2010, cuando contaba setenta y seis años.

Alfredo Castro Castro, sobrino del canónigo archivero y secretario y gerente de la Fundación Jonás Castro Toledo, lo definió de la siguiente manera: «puedo afirmar que su discurso no era fácil si no estabas en su onda, ya que su causticidad y lo alambicado de sus razonamientos, dejaba a sus interlocutores sin respuesta posible [...]. En algunas ocasiones, en los tiempos en que no se podían decir según qué cosas, llegó a tener ciertos conflictos con la autoridad civil, aunque nunca se salió del camino que marcaba el compromiso sacerdotal y, sin llegar a ser lo que en los años setenta se conocía como un 'cura progre', tenía inquietudes sociales y una ideología más progresista de la que aparentaba, lo que le llevó a no participar del boato y la representación más ostentosa de la jerarquía eclesiástica, pues a pesar del puesto que ocupaba, nunca formó parte destacada del grupo 'selecto' del Arzobispado [...]. Su forma de trabajar era concienzuda y paciente, lenta y parsimoniosa, no dando nunca por cerrado un trabajo. Por todo ello, ha llegado el momento de reivindicar la figura de Jonás como la del investigador incansable –diría insaciable– en la adquisición de nuevos conocimientos, cuyo afán único fue el de buscar la verdad de los datos históricos a través de los legajos que dejaron nuestros antepasados» (Castro 2010: 2).

Fundación Jonás Castro Toledo

Constituida el 23 de abril de 2013 con la colaboración y aportación económica de la Familia Castro-Toledo, parte de cuyos miembros son la columna vertebral de esta asociación sin ánimo de lucro, cuenta en el Patronado con la participación inestimable de Gloria Díez –que trabajó durante muchos años con Jonás– y varios vecinos de Santovenia de Pisuegra –muy cercanos también al párroco–, así como el propio Ayuntamiento de dicha localidad, que tiene un representante de la Corporación Municipal en la misma y que ha posibilitado la ubicación de su abundante patrimonio bibliográfico en una de las salas de la Biblioteca Municipal, lugar que acoge además la propia sede de la Fundación. Con todo, y prácticamente antes de echar a andar, hasta el presente y entre otras actividades la Fundación ha promovido la publicación de *Documentos de la Colegiata de Valladolid, 1084-1300* y de *Colección Diplomática de Peñafiel*, editadas ambas por la Diputación de Valladolid, la primera en 2010 y la segunda en 2014, estando en trámites de poder llevar a cabo un trabajo similar referido a Medina del Campo.

Tras las huellas del canónigo... por Villavieja del Cerro

Resulta inevitable, cuando de canónigos se trata, recordar las novelas del escritor leonés Luis Mateo Díez: *La fuente de la edad* (1986) y *Las horas completas* (1990), en las que tan correctamente supo reflejar, aunque fuera en la ficción, ese «ambiente eclesialístico» de los años 50, un escenario en el que le tocó vivir y bregar a nuestro estudioso y joven párroco.

En una faceta más literaria, en *La fuente* «los integrantes de una peculiar cofradía –más encaminada a lo etílico y lo esotérico que a los rigores de la penitencia- inician una noche una disparatada aventura, dirigida al hallazgo de una mítica fuente de aguas virtuosas, de las que un día bebió, a lo que parece, un eximio canónigo de dilatada memoria» (Díez 1986: contraportada). Don José M^a Lumajo –el ilustre presbítero- escribió un diario en el que insinuó como, durante sus excursiones arqueológicas, había descubierto un venero del que manaba un líquido mágico.

Es en esa faceta humanista donde queremos ver un nexo de unión entre el presbítero de ficción y el canónigo D. Jonás, ya que, además de las obligaciones propias de la canonjía, también dedicaban sus esfuerzos a otros estudios fuera del ámbito eclesialístico, subyugados ambos por su amplia formación académica.

«El ilustre presbítero optó por la discreción que era lo suyo, y nos dejó en sus escritos, con los cifrados elementos de sus metáforas y solapadas indicaciones, las huellas de esa Ruta que conduce al *Locus Nemorosus*» (Díez 1986: 119).

En la segunda novela mencionada, *Las horas completas*, «un grupo de canónigos sale a merendar a un pueblo cercano en una tarde otoñal. Durante su excursión, un extraño personaje –peregrino, pícaro, sablista, santón- irrumpe entre ellos dispuesto a introducir la llama de la inquietud en lo que parecía una tranquila excursión gastronómica» (Díez 1990: contraportada). Con esta sugerente presentación, la novela del autor leonés nos adentra en la cotidianeidad de un mundo desconocido, no tanto por su secretismo como por el desinterés de los legos para la comprensión de lo que los votos sacerdotales conjeturan, y esta labor no supone mayor esfuerzo que el de superar la desgana, tan actual, por intentar conocer y comprender a nuestros semejantes. Don Jonás era «reservado», como así lo calificó en una frase que el mismo Jonás recriminó de *trapera*, un conocido «hombre de cultura» de la época (Gómez 2007: 100), pero no lo era más que cualquier individuo con proyección pública, en la que la vereda que separa el interés por el amigo y el simple cotilleo era difícil de discernir. No obstante la labor pastoral que realizó en las parroquias que le tocó cubrir habla por sí sola. Las inquietudes de los sacerdotes suelen ser de lo más humano, como así se reconoce en la novela mencionada.

«Con la sotana recogida por encima de las rodillas, Mero conducía su motocicleta muy erguido entre el estrépito del averiado tubo de escape» (Díez 1990: 97).

Jonás Castro, al igual que el cura Mero de la narración, en sus primeros años de ministerio se desplazaba en una *Lambretta* pagada a plazos hasta que, tiempo después, pudo adquirir un Seat 600 de segunda mano. Los caminos polvorientos de Villavieja conocieron las suelas de los zapatos y los neumáticos de la moto del párroco-historiador.

Sacerdocio y Humanismo fueron las dos constantes de la vida de D. Jonás. La conciliación de la pastoral rural con las investigaciones históricas tuvo su medida justa y determinante en la primera hasta que fue nombrado canónigo archivero y liberado de sus obligaciones parroquiales en Santovenia de Pisuegra. Pero eso fue muchos años después de lo que venimos investigando, pues con apenas veinticuatro años tomó posesión de la parroquia de Villavieja del Cerro y concluyó, en las casi tres añadas que estuvo en la misma, un estudio histórico y un reportaje fotográfico que nos permiten entender –sobre todo las instantáneas capturadas en el segundo- cómo era la vida cotidiana en una pequeña población de la España menos favorecida, entre las décadas de los 50-60 del siglo pasado.

Humanismo y sacerdocio, dos facetas de una misma vida que pudo y supo aunar Jonás Castro. Dos

corrientes, *a priori* divergentes, que se asociaron en una única vocación al servicio de los demás a través de la encíclica y el estudio del pasado. Y es en esta última faceta donde debemos englobar los escritos objeto de nuestro estudio, en concreto el capítulo que denominó *Una guía para turistas*.

«Se acabó de escribir *El lugar de Villavieja* el día 27 de Diciembre de 1960, fiesta de San Juan Evangelista». Cuando D. Jonás presentaba el trabajo a su arzobispo principiaba la década de los 60, que supuso el despegue definitivo y masivo del turismo español, del turismo en España, no el del españolito de a pié que viaja a otros países. Al menos comenzamos a desplazarnos por nuestra geografía, principalmente la costeña. Son los años del desarrollismo, los primeros utilitarios para la clase trabajadora, las rubias suecas en las playas y un sinfín de mejoras sociales, a pesar de encontrarnos inmersos en la dictadura del general Franco que todavía tardaría más de quince años en desaparecer. En definitiva, el inicio del turismo como una de las actividades que más ayudaría al incremento del PIB.

Cierto es que esta actividad no era un invento nuevo, Azorín ya escribía en 1904 un velado panegírico al mismo, aunque no entendido como negocio si no como sana actividad intelectual: «Yo quisiera expresar con palabras sencillas todo el encanto que las cosas –un palacio vetusto, una callejuela, un jardín- tienen a ciertas horas. Esta vieja ciudad cantábrica ofrece también, como las ciudades del interior, como las ciudades levantinas, momentos especiales, momentos profundos, momentos fugaces en que muestra, espontáneo y poderoso, su espíritu... [...]. Dejad los planos; dejad las guías; no preguntéis a nadie. Tal vez el vagar a la ventura por el laberinto de las calles es el mayor placer del viaje» (Martínez 1992: 53).

Jonás Castro, ávido lector de los clásicos, de los autores de la Generación del 98, de libros de viajes y otras muchas y variadas temáticas, conocía la obra de Azorín, máxime tratándose de recopilaciones tan significativas como *Los pueblos y Castilla*, donde el maestro del periodismo trataba temas tan cercanos como la idiosincrasia de las poblaciones de la meseta castellana y del espíritu del hombre sencillo que las habita. Jonás, muy interesado en esta temática, porque le tocaba vivirla de lleno, impregnó su alma de estas enseñanzas y quiso emularlas en sus escritos menos científicos y en su lírica. Y es aquí, en esas anotaciones más sentimentales que técnicas y en los poemas, donde puede entreverse al humanista con profundas inquietudes sociales: «Colocado por mis jerarcas como antorcha sobre estos montes, como mayoral de un pequeño rebaño, dicen estas líneas un poco de mis preocupaciones pastorales» (Castro 1960: 5).

No podemos asegurar que la lectura de los escritos de Azorín orientaran en demasía el ánimo de nuestro párroco –él se consideraba unamuniano-, más bien estas cosas vienen «de fábrica», sin embargo, algo debieron despertar en su discernimiento racional que lo impulsaron a considerar el turismo como una opción para un pequeño pueblo meseteño, sin mar, sin playa, ni siquiera con río que aliviara los rigores estivales. Cierto es que, creemos, ese turismo que propugnaba D. Jonás era como el azoriniano, más intelectual que de negocio, entendiendo este último como las ventajas económicas que pudieran entresacar los lugareños gracias a la afluencia de visitantes.

Nuestro sacerdote no es el inventor del turismo de interior, más bien se apuntó a la práctica que en la Universidad de Valladolid había, como formación de sus estudiantes de historia y arte, de viajar por las provincias del distrito universitario conociendo sus aspectos más relevantes en los campos mencionados. Sin embargo, hemos de reconocer que *Una guía para turistas* que redactó este joven párroco pretende ir más allá de la formación académica para alumnos, abriéndose a un público generalista interesado tanto en la historia como en el arte, la etnografía y la antropología. Todo un compendio de estudios condensado en unas breves líneas.

Y ahora ya solo nos queda, como los beodos cofrades devotos del Padre Gerónides de *La fuente de la edad* una vez hallado el diario del presbítero –aunque con menos cifradas metáforas y solapadas indicaciones- lanzarnos a realizar el recorrido guiado por *el lugar de Villavieja* al que nos invita el canónigo Jonás Castro Toledo. *Fons aetatis, fons vitae, fons eternitatis*.

Una guía para turistas

Texto mecanografiado en folio por una cara, incluido en el trabajo ***El lugar de Villavieja***, de Jonás Castro Toledo, 1960. Numerado a mano, este apartado corresponde a las páginas 218 a 223. Tiene incorporado originales de algunas fotografías de pequeño formato, 3,5x 2,5 cms., bien acompañando al texto, bien en el reverso del folio.

Las fotografías que se presentan en blanco y negro forman parte del Álbum para el lugar de Villavieja, realizado por el mismo autor a modo de complemento o, mejor aún, a modo de guía ilustrada del texto objeto del presente artículo. Las imágenes a color que acompañan son las que hemos realizado en este 2017 siguiendo los pasos de aquel joven párroco.



1) N-VI 185. Lo primero, orientarse. Estamos en la carretera nacional a La Coruña, a 185 kms. de Madrid. Detrás del hito triangular, más allá de esos pinos, se divisan los arcos de la iglesia. Es toda de piedra y arracimada a ella el pueblo. A la verdad Villavieja se asienta a un par de kms. del asfalto. Cuando se medían las distancias por leguas, coincidió clavar en este término, un kilómetro más allá, el leguario 33, en el alto que llaman "de la legua". No estamos lejos de la Corte.



2) A media docena de pasos del km. 185 podemos leer sin dificultad un indicador que nos alegrará plenamente, porque es ese el objetivo del viaje: VILLAVIEJA. Renunciamos a la preferencia de paso y tomamos la carretera local que sale a la derecha. El antiguo camino de Aslúa es hoy una arreglada vereda. Por ella subiremos, según la leyenda y la flecha, hasta llegar a la iglesia que vemos entre el indicador y el bosque.

2017: La autovía acabó con la vieja carretera, los árboles (esos quizá antes), el hito y la señal. Se hizo entrada nueva al pueblo y el antiguo vial quedó como camino agrícola, conservándose a duras penas el pinarcillo.





3) Una vieja estampa. ¿Quién pisa ese camino ancho y hondo? El peatón con prisa o el rebaño que ataja. La corriente de viajeros discurre hoy por este otro más reciente, menos recto, pero más cuidado. Detengamos un momento la marcha. Estamos sobre un camino romano, calzada del Imperio, la que unía Tordesillas con Torrelobatón. Villavieja puede remontar sus orígenes a los días de Roma, por no decir a los tiempos célticos.



4) Hemos subido con dificultad el último repecho. No importa el esfuerzo cuando llegamos a casa. Pero no sabemos qué hacer, si tomar el camino de herradura que a la izquierda nos ofrece entrada en el lugar, o bajar a ver las ranas de la laguna. Seguiremos la carretera, aunque tuerza. A pesar de las dudas, no podemos apartar nuestra vista de la iglesia, que toda la cuesta nos ha venido cautivando. Hay gente al sol. Puede ser un día de fiesta.

2017: Ya no hay carretera ni «camino de herradura» donde elegir. Ahora solo son pistas para tractores. La mecanización del campo se llevó por delante a mucha mano de obra excedente, lo que también acarrió la ruina de las construcciones abandonadas.





5) Ya estamos en el llamado "Corro de la Yglesia". Después de una ligera vuelta alrededor del templo, buscamos un punto estratégico, el que la foto ha ocupado, para apreciar el conjunto con mayor precisión y detalle. Desde este tejado se puede contemplar toda la cantería, el ábside, la sacristía, el pórtico, el espolón y la espadaña. Una iglesia enmarcada entre dos cuevas, como compitiendo en un juego de altura. Por la perspectiva los cerros calizos se achican y surge graciosa y segura la piedra labrada.

2017: En la fotografía actualizada puede contemplarse el «punto estratégico» que D. Jonás escogió para realizar la imagen, el tejado de esa casa arruinada.

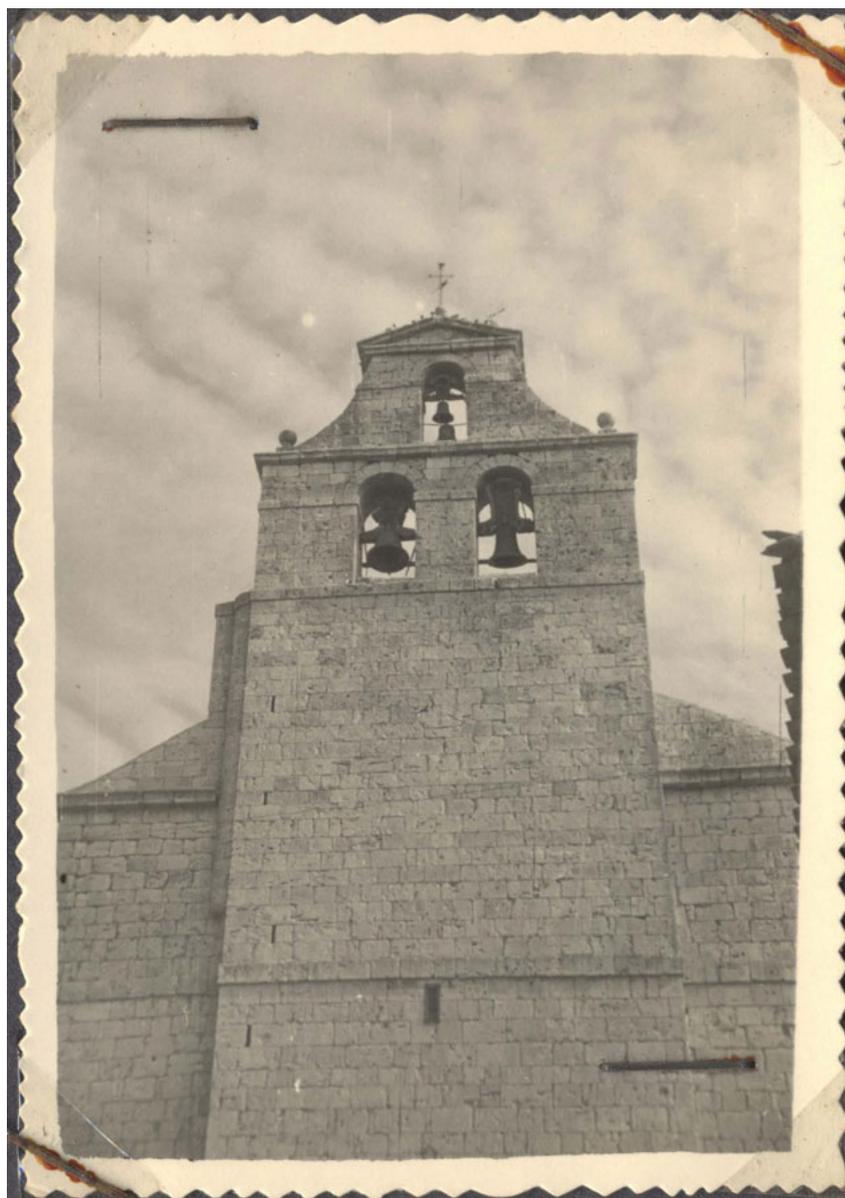




6) Una vista desde el Pórtico. Este es el lugar común de los villaviejenses. Pueden estar desiertas las calles pero el Pórtico siempre tiene inquilinos. Debajo de esta arcada gentes de edad queman su tiempo, mira que te mira la lejanía. Tordesillas y el Duero, la villa y el río. Cabeza de partido hoy y capital de la jurisdicción ayer. La pupila de los viejos transparenta grandeza, ensueño y desengaño. Villavieja, dirán, lugar de realengo, no, "cacicazgo" de Tordesillas.

2017: El pórtico de la iglesia sigue abriéndose a la vega del Duero, sin embargo ya no acoge «la pupila de los viejos». En el año de 1900 Villavieja contaba con 522 vecinos, en 1960 alrededor de 360 y en 2016 sólo 72 habitantes.



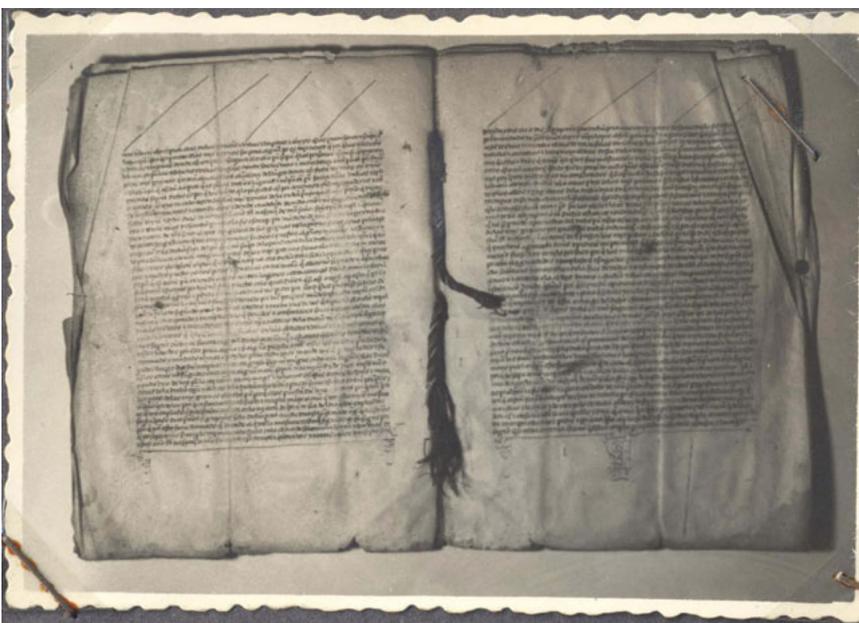


7) *Bella estampa herreriana la de esta espadaña. Se puso la última piedra el 13.11.1660, siendo cura el ldo. D. Blas Garamato, beneficiado el ldo. Diego Martín, mayordomo Antonio del Pozo y maestro de obras, Francisco Infante, vecino de Velilla. Antonio Ramos y Hernando Ramos, carpinteros, la midieron. Once varas desde la cinta de las campanas al fin del frontispicio. Así nos dice un libro de Difuntos. Añadamos 20 mts. hasta las campanas y tendremos la altura.*



8) Otra vista de la espadaña, más audaz y más bella. Se comenzó a construir esta iglesia en 1571, con la intención primaria de sustituir partes ruinosas, después se ampliaron las obras. Gracias a las rentas de la fábrica, a la generosidad de sus prestes y a la colaboración del pueblo, un siglo después, en 1675 acabose felizmente.

2017: Hoy en día la iglesia sigue luciendo la misma sobria y bella estampa de entonces.



9) Por ahora no entramos en la iglesia. Lo dejamos para después, si sobra tiempo. En la Rectoral, viejo caserón, comenzado a construir hace siglo y medio con los sillares de la iglesia de Arenillas, podemos recorrer las incontables dependencias. En su Archivo Parroquial nos fijaremos en su más antiguo documento, naturalmente. Confirmación de Enrique IV, año 1463, de ejecutorias anteriores, donde se habla de ciertas excepciones y franquezas que tenían los lugares de la jurisdicción tordesillana.



10) Delante de la Rectoral se ensayan estas niñas. Los vestidos han salido del arca. Hay folklore y tipismo en Villavieja que conviene sacar al aire. Con garbo. Hay que ensayarse para una cátedra ambulante o para un baile de Santa Águeda en el Pórtico. Nada importa darle al cura una sesión de baile; no es el maestro, pero sí el mecenas.

2017: La casa rectoral de antaño, ahora en manos privadas y habitada, todavía conserva su porte monumental, aunque las niñas ya no se disfrazan a su solana.





11) El chico del primer plano es forastero y se llama Marcelino. Como si oyera cantar "Marcelino fue por vino". Él es de Velilla. No suelen tratar mal a los de fuera en Villavieja. Lo que más atención merece es el carro de enfrente. Está preparado para bajar a los coches de línea. Aquí no llegan los coches de viajeros por no sé qué razones. Lo cierto es que el carro y su arre conocen bien la carretera. Es de esos que no puede faltar un martes a la cita del "foraño" en Tordesillas.

2017: Marcelino, aquel chico forastero de Velilla, será un hombre que rondará los 65 años de edad. El transporte hacia los coches de línea también ha desaparecido y el poyo de la casa prácticamente se lo ha comido la nivelación de la carretera.





12) Sin duda el balcón perteneció a una casa de la iglesia. Lo dicen los documentos, no sólo la reja rematada en cruz. El escudo no conserva relieve ni grabado. Es un escudo sin hidalguía. Con todo es la más hermosa reja del lugar. No se trata de esas rondas de "Asómate a esa ventana". Son un momento de la vida aldeana. Contentas por sus tiestos, por sus donaires y aun porque en mayo no faltará un ramito en el balcón. Y eso sin manolas, ni rondallas.

2017: El balcón ya no luce sus tiestos llenos de flores, la reja se adaptó a la nueva anchura de la ventana perdiendo mucha de su gracia y esbeltez, pero, al menos, aún se conserva.





13) Pozo en casa. Con caldero, soga y polea se puede tener agua al momento. No es necesario salir de casa. Agua corriente, pero subterránea. Posiblemente sepa a sosa. Para lavar suelos y regar tiestos vale. Buenas vecinas y mejor buenas amigas. Después de hacer los oficios, pueden estar juntas y hablar del baile dominguero y los chicos, o también de la costura y del vestido, de las que no son amigas o del recluta que ha escrito.



14) Otro balcón con tiestos. Interesa el fondo, por reunir varias cosas a un tiempo. El edificio tal cual es comprende en la planta baja: escuela de las niñas (al mediodía) y escuela de los niños (al saliente). La planta alta se reparte entre el Ayuntamiento, hogar de Falange y casa del maestro. Véase qué marcos de piedra tan robustos tenía la antigua Cilla de la iglesia, hoy del Concejo.

2017: Aquel edificio multiusos, ahora solo ayuntamiento pedáneo, luce sus mejores galas con arreglo reciente. El balcón de la casa de en frente –donde Jonás subió para la instantánea– solo abre sus puertas en los periodos vacacionales.





15) No lejos del Ayuntamiento, aunque extramuros, se asienta el Cementerio. Es parroquial y el primer panteón de la foto está reservado a los curas de Villavieja. Dentro yacen los restos de un párroco durante medio siglo y fue el donante del monumento, D. Eleázaro Buenaposada. Algunos cipreses perduran de los que plantara Doña Marina Martín, patrona generosa de la ermita de Santa Águeda, cuyas ruinas no abraza el objetivo. Triste es un cementerio pero más triste es verlo arruinado. "Qué solos se quedan".

2017: El joven párroco disparó su cámara por encima de la tapia. Ahora solo puede realizarse desde la puerta. El camposanto, arreglado y ampliado, es otra cosa, aunque no creo que nadie vaya a juntar sus huesos con los de D. Eleázaro, no sabemos siquiera si existe el panteón.





16) Subiendo del Cementerio por la calle del Medio, a la izquierda nos sale la de Santa María. Es un día de mayo espléndido, sin nubes. Todo sol y sombra; no obstante es una calle solitaria. Divisamos sin esfuerzo la silueta del campanario. Reparemos igualmente en la gran piedra que protege la esquina. Preocupan más las intromisiones de los carros, que los tropiezos de los transeúntes. Convenía llevar la piedra a otra parte; la esquina es difícil de doblar, cuando se vuelve del bar o se mira si el tiesto da flores. ¡Calle de Santa María, ruega por nosotros!

2017: Es un día de primeros de abril, tampoco hay nubes, la calle sigue solitaria, las fachadas que no han desaparecido se han remozado y la piedra esquinera, que traía de cabeza a don Jonás, se ha sustituido con un pegote de cemento que mantiene la mismo función.





17) La calle del Medio es la más céntrica y la más trillada. En ella se abren dos tiendas, el estanco y el bar. Por ella se va a las bodegas y al baile. Los tractores la repasan constantemente. No habrá muchos ratos de paz como éste. Las mujeres salen a la calle a coser pantalones y a cortar trajes. La tijera y la lengua son en verdad imprescindibles. No es esto una acusación a aquellas que contemplamos en la foto; es tan sólo dar filosofía a un cuadro corriente de la vida pueblerina.

2017: Antes muy transitada ahora luce desierta, sin rastro de aquellos negocios que tanto servicio daban al pueblo y sin la presencia de las mujeres que atravesaban la calle con «asientos» (sillas, además de notas verbales), en las tardes apacibles de pausado quehacer. Preciosa estampa de otro tiempo.





18) Podíamos volver sobre nuestros pasos y dirigirlos luego a la antigua Plaza del Concejo, hoy de Doña Marina Martín. Algunas casas parecen asentadas firmemente, otras dan un inevitable aspecto de ruinosas. Aquí estuvo antiguamente el casino y el baile. "Casino de la Unión" todavía se lee sobre un balcón de madera. Por esas casas ruinosas desfiló antaño mucho arriero, hacia Valladolid o hacia Toro.

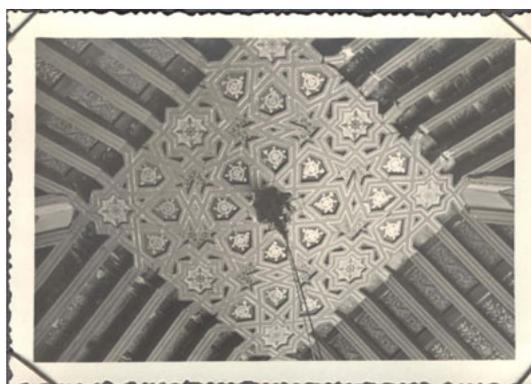
2017: La plaza de Doña Mariana aparece hoy tristemente desangelada, pues ha perdido gran parte del caserío que lucía en 1960, aunque haya ganado en ornamento vegetal.





19) *Saliendo de la Plaza continuamos por la calle de la Pasión y llegamos por fin al Humilladero. Esa Cruz lleva una fecha grabada. AÑO D 1732. La ermita puede ser anterior. Asíéntase justamente en el ángulo superior que forman el antiguo camino de toresanos y el empinado camino de los páramos. A través del ventanuco podemos ver encendida una lámpara. Si estuviera la puerta abierta complacidos veríamos el artesanado morisco de esta ermita. Ni puedo calcular los años del mismo, ni tampoco su verdad artística.*

2017: Decadencia y ruina. El Humilladero perdió artesanado y Cristo (que se trasladaron a la iglesia) y poco falta para el derrumbe completo que, esperamos, pueda pararse. A través del ventanuco ya solo vemos escombros y el cielo infinito. Se apagó la lámpara.





20) Girando a la izquierda, antes de tomar el camino de toresanos, desde la misma ermita del Cristo, podemos contemplar una estampa por demás bucólica. Un rebaño cualquiera que viene a beber en el regato del agua que sobra en las arcas. Al fondo la cuesta de San Juan, a la izquierda el pueblo, a la derecha comienza la cuesta de la Estrella. Unos pasos más allá del pastor se juntan la antigua vía romana y el viejo camino de toresanos.



21) Poco antes de llegar a la calzada romana, a la izquierda también, encontramos dos pozos de cuadrado brocal. Uno viejo y otro nuevo. Se distinguen por el número de surcos que la soga hizo en la piedra. Junto a los pozos una pila, también de piedra. Como elemento animador del cuadro, la moza llenando su cántaro de boca estrecha. Casi más que el agua interesa la compañía y la conversación. Los pozos se abrieron en la confluencia de unas calles y al vértice de unos caminos. Aquí se dan de cita el palique diario. Esta es la Plaza de las Once, donde todo se dice y por consiguiente todo se sabe. Que importa la pesadumbre de sacar agua con riesgo de caerse, si allí se encuentra la persona de confianza con quien se puede una citarse. A la derecha el pozo viejo el que dio de beber o Villavieja durante siglos sin medida. (22)

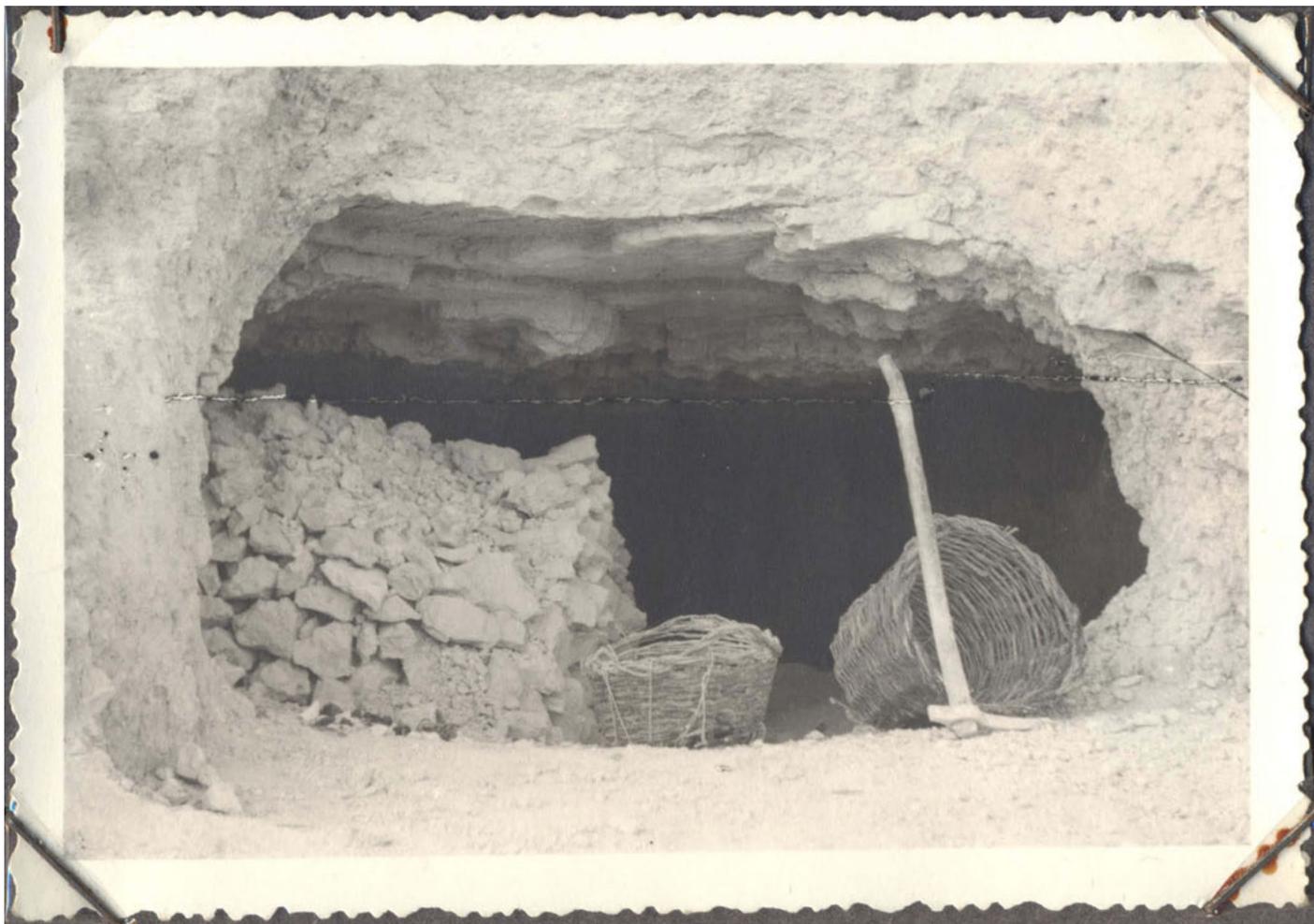




23) Hemos dejado por momentos el pueblo. Subimos entre los cerros. Para llegar a los barreros lo mismo da seguir el camino a Bercero (vía romana) que el sendero a Villalar. Siempre habrá que derivar y escalar. Estamos en la cuesta de los barreros. Cuidado no entrar enseguida si llegamos sudando. El barrero es como una mina, como una bodega, sin negros, ni rojos. Todo es blanco. Desde uno de ellos he tomado esta vista. Y ahora el documento: "Desde los barreros de uillaueja..."

2017: Los barreros prácticamente han desaparecido, vencidos por la falta de uso, pero las vistas son inmejorables. Villavieja, enmarcada entre los pinos y, al fondo, la omnipresente localidad de Tordesillas. Aquel «barro blanco» que menciona D. Jonás ¿acaso no sería yeso?





24) He aquí la boca de un barrero. Un picacho y dos cuévanos. Un montón de tierra blanca para secarse y después llevarla a vender por la comarca. Tal vez un camión lo ha solicitado para más lejos. He aquí el comienzo de una mina que no ennegrece, sino que blanquea. No se ve al barroblanquero en la faena. Tal vez estuviera por los pueblos regalando su mercancía casa por casa. Además de trigo y piedra, Villavieja exportó durante siglos barro blanco. Es la industria más antigua y más genuina del lugar.



25) Si bajamos a la carretera general podíamos llegar muy pronto al lugar que nos presenta esta foto. Unos pinos a la izquierda, unos sillares en medio y unos postes a la derecha. El sitio es ideal. Tanto se presta a una merienda como a una cacería. Estos son los llamados pinos de Bercero. Digo "llamados", porque no fue jurisdicción de Bercero, hasta desaparecer Arenillas. Las piedras son los últimos restos de su iglesia, ese templo anejo a Villavieja, años antes de la francesada. Los primeros cantos vinieron a ser Rectoral en Villavieja allá por los años 1820.

2017: El pinar ha mermado considerablemente, sucio y descuidado, ahora no se presta ni a refrigerios ni a monterías. Las piedras también desaparecieron, aunque Jonás cita las que ya se habían llevado a Villavieja, de las que quedaban, ni rastro, quizá luzcan en el chalet de algún constructor arruinado por la crisis.





26) Aunque mi afición quisiera identificar por aquí la antigua Amallobriga, no puedo decir que estos sean sepulturas célticas o romanas. Por de pronto aquí estuvo Arenillas. Son sencillamente una pila y un pozo donde los arenillenses abrevaron su existencia durante siglos. Tanto da decir que sea un pozo casero, como un pozo concejil. Ideal emplazamiento de aquel desaparecido lugar. No tenía río, pero tenía pozo y sobre todo sol, aire y pino.



27) Volviendo de Arenillas la afición al montañismo que en Villavieja se siente nos anima a subir la cuesta de San Juan y a contemplar desde arriba el pueblo. Nuestros ojos alcanzan desde San Juan a Carreastro, desde el Duero a los páramos. En la hondonada, sobre un cerro suave, Villavieja y su iglesia, la rectoral, el cementerio, barrio Portugal y todo el conglomerado de casa y calles que bien parece una vista aérea de una gran ciudad.



28) Ya estamos cerca otra vez. Bajada la cuesta, de San Juan tenemos el cuadro presente. Obsesiona ver tan destacada la iglesia y su soportal de piedra. No son todavía las 12. Es el segundo día de la fiesta mayor, Santa Águeda. Hay gente al sol del mediodía, pero nosotros hemos de concluir con otra visita al templo nuestro turismo por Villavieja. Dicen que si bella traza tiene al exterior, sería una ofensa gravísima venir al pueblo y no entrar dentro.

2017: Ante la iglesia, siempre tan destacada, entristece ver los restos de las viejas máquinas agrícolas desperdigadas por las eras. Ya no se amontona el grano, solo chatarra y desperdicios síntoma de la sociedad moderna.





29) "Al alimón, al alimón, la fuente se ha caído...". Como un retoño de torre junto a la espiçada esbeltez de la espadaña esta fuente nueva y corriente. Con sólo apretar el botón del grifo tenemos el agua fresca de Valcuevo. Olvidemos los pozos y el caldero. Somos turistas y conviene beber más limpia y prontamente. Hemos corrido un poco. Nada menos que todo el pueblo y parte de otro. Antes de entrar en la iglesia, como santiguándonos civilmente un traguito de agua.

2017: «Olvidemos los pozos y el caldero», la fuente nueva trae agua corriente «con solo apretar el botón». Son los grandes avances que trajo el progreso sesentero.

30) Una mirada de conjunto. El estilo herreriano. Una sola nave. Las capillas cumpliendo una función de interior contrafuerte. 28 mts. de larga por 14,50 de ancha, sin contar la sacristía o el pórtico. 20 mts. hasta la más alta, sobre el presbiterio. Un elemental coro balcón que se sube por una recogida escalera a caracol y todo lo demás iglesia. Pronto se echa de ver la pureza de líneas junto con su lujoso equipo de retablos dorados.



31) Dentro de su estilo barroco el retablo mayor agrada contemplarse por sus delicadas proporciones. Tres cuerpos admirablemente dispuestos y tres hojas a medio abrir, un tríptico dorado con tema la Asunción. El altorrelieve central, naturalmente, Nuestra Señora en su Misterio. A los lados, S. Joaquín y S. José. En su parte superior, un altorrelieve de la Adoración y en la parte baja Sta. Catalina y Sta. Águeda. Sus columnas retorcidas, sus racimos de oro, todo él salpicado de símbolos marianos, dan al conjunto un encanto singular. Se mandó construir en 1683. Los planos Pedro de Cea. La hechura Alonso Manzano. Costó más de 21.000 reales. El mismo Manzano ensambló los altares colaterales, imitando al mayor. Este en 1697 y aquellos en 1717. San Miguel y San Rafael son debidos también a Alonso Manzano. El dorado se soñó en 1732, pero hasta 1763 no se pusieron los andamios. La obra se tasó en 38.000 reales. La hizo el maestro dorador Manuel de Trosa, vecino, como Manzano, de Valladolid. Se doraron también los colaterales, el sombrero del púlpito, obra de José Alvaro, las mesas de los altares y otras menudencias más. Recuérdese cómo en tales fechas robaron del Archivo el dinero y hubo que hipotecar varias tierras de la iglesia, pero lo devolvieron.

32) La Virgen de las Angustias que es más antigua que la misma iglesia. Estuvo colocada en un nicho del soportal en la antigua iglesia de Santa María. Después la metieron dentro y quedó definitivamente en esta capilla de los herederos del Bachiller Pedro del Pozo. A ellos pertenece cuanto en la capilla existe, excepto la imagen de piedra. La Virgen de las Angustias estaba ya bastante maltratada hace siglos, pero suplieron las faltas con yeso y pintura. La devoción popular está muy arraigada. Se ha creído que moviéndola de su sitio llovía; de ahí que por su excesivo peso hubiera desmayos y caídas. Dentro de la capilla, a la izquierda, se puede admirar un cuadro del Santo Entierro, cuya paternidad se desconoce. Mientras otro mérito no encontremos el cuadro parece ser una copia de otro renacentista. En el suelo podemos leer la inscripción que recuerda la propiedad de la capilla. Aquí yacen los restos de un gran mecenas de esta iglesia, el Bachiller Pedro del Pozo.

33) La sacristía es recogida, pero de regulares proporciones. Rectangular, con su bóveda de cañón y su suelo enlosado. Toda de piedra. La cajonería de nogal es obra de Miguel Pérez. Costó 48.000 maravedís y se trajo en carreta de Palencia el año 1564. Los espejos se pusieron en 1755. El embaldosado y la ventana del mediodía pertenecen al 1747. Dentro de la sacristía en una de sus alacenas se instaló antiguamente el Archivo de la tierra de Tordesillas. Hoy sólo se guardan ciertos elementos litúrgicos de valor: la Cruz parroquial, obra de Damián Cortés, vecino de Valladolid, año 1698. De plata así como otros cálices, la naveta y el astil de la Cruz. En casa particular se guarda la custodia, 140 onzas de plata cincelada, obra del platero Izquierdo, año 1820. Enfrente de la cajonería se coloca el retablillo del monumento. A los lados un Niño Jesús, regalo del preste D. Simón Ortega, en 1693 y un San Roque, tradicionalmente venerado en Villavieja. Las ropas que guardan los cajones están en buen estado y hay suficientes, pero no tienen un valor extraordinario, desde el punto de vista histórico artístico.

Según salimos podemos admirar la hermosa talla de la V. del Rosario. Y nuestro recorrido turístico por Villavieja toca a su fin. Buen viaje, mis amigos del lugar de Villavieja.

La última de las fotografías en blanco y negro que pone fin a este artículo no aparece, sin embargo, en el Álbum para el lugar de Villavieja, aunque forma parte del lote de imágenes que se realizaron durante 1960 para la ilustración del mismo. En esta contemplamos a un jovencísimo Jonás Castro, acompañado de dos feligreses, inmortalizados en el Cerro San Juan, emblema geográfico de la villa y su territorio, durante alguna de aquellas excursiones para conocer en profundidad su parroquia y sus parroquianos.



Bibliografía:

BERZAL DE LA ROSA, E. 2004: Jonás Castro Toledo, el párroco enamorado de la Historia. *Calle Real*: 8-9.

CASTRO CASTRO, A. 2010: Jonás Castro: una vida entre la iglesia y los archivos. *Calle Real, especial Jonás Castro Toledo*: 2.

CASTRO TOLEDO, J. 1960: *El lugar de Villavieja*. Inédito.

DÍEZ, L. M. 1986: *La fuente de la edad*. Ed. Alfaguara. Madrid.

DÍEZ, L. M. 1990: *Las horas completas*. Ed. Alfaguara. Madrid.

GÓMEZ PÉREZ, A. 2007: *Santovenia programa sus fiestas, 1970 a 1979*. Edición Ayuntamiento de Santovenia de Pisuerga (Valladolid).

GÓMEZ PÉREZ, A. 2010: Fotógrafo capturando la memoria. *Calle Real, especial Jonás Castro Toledo*: 11-15.

MARTÍNEZ RUÍZ, J. (Azorín) 1992: *Los pueblos. Castilla*. Ed. Planeta. Barcelona.